

Capítulo dos

San Juan era una ciudad antigua. Se fundó en 1519 y muchos de los edificios antiguos todavía existían. Carlos y Jaime vieron la mayoría de los edificios. Fueron a La Fortaleza, donde vive el gobernador de Puerto Rico. Visitaron El Morro, otra gran fortaleza que comenzó a construirse en 1539. También vieron la Casa Blanca, la casa de la familia de Ponce de León desde 1523 en adelante.

San Juan era una ciudad emocionante. Había edificios grandes y modernos con muchos restaurantes de comida internacional. Había iglesias antiguas. Había mucha gente, diferentes tipos de gente. Había familias que vinieron de Irlanda e Inglaterra a principios del siglo 19. Había familias francesas que vinieron de Louisiana y Haití. Había hispanos y gente de África. Había mucha gente de varias partes.

—Ésta es una ciudad interesante, ¿no cierto? —le dijo Jaime a Carlos.

—Hay tantas cosas aquí. Pasan tantas cosas aquí —le dijo Carlos—. Realmente es una ciudad muy movida.

—Quiero relajarme —le dijo Jaime—. Estoy cansado de ver edificios turísticos y estoy cansado de caminar tanto.

—Yo también estoy cansado de caminar —le dijo Carlos— pero son las cuatro de la tarde. Tenemos cuatro horas más. Es muy temprano para volver a La Fiesta.

—Es cierto —le dijo Jaime—. Ya que tenemos cuatro horas, vamos a la playa.

—Me parece bien a mí —le dijo Carlos—. Vamos.

—Yo sé que te encanta el mar —le dijo Jaime—. No hay mar en Ohio. Debemos ir al mar aquí en Puerto Rico.

—Tienes razón —le dijo Carlos—. Podemos tomar sol, beber una gaseosa debajo de un árbol y hablar con la gente.

—¿Hablar con las chicas de aquí? —le preguntó Jaime.

—Es posible —le dijo Carlos con una sonrisa—. Tú sabes que las chicas están locas por mí.

—Vamos a la playa del Condado —le dijo Jaime—. El libro turístico dice que es la mejor playa de Puerto Rico.

Jaime ha leído tantos libros que a veces Carlos cree que Jaime es un libro que camina.

—Vamos a la playa en una guagua —le dijo Carlos.

—Una guagua es un bebé, ¿no? —le preguntó Jaime.

—En Sudamérica sí. Los sudamericanos les dicen guagua a los bebés pero aquí en el Caribe una guagua es un autobús local —le explicó Carlos.

—Eso es muy interesante. Está bien. Vamos a la playa en una guagua —le repitió Carlos.

Tomaron la guagua para ir a la playa del Condado. Era fácil encontrar la playa porque es un lugar tan famoso. Todo en el Condado era nuevo y moderno. Los edificios eran grandes. Carlos y Jaime caminaron por los edificios y después llegaron a la playa. La playa era muy hermosa. La arena era blanca y fina. Hacía calor pero no mucho. El agua era muy clara y azul. Jaime y Carlos oyeron música de

un hotel. Había música en todas partes de Puerto Rico. Música salsa. Música tropical. La música se escuchaba fuerte.

—Tengo ganas de bailar —le dijo Jaime a Carlos, al sentarse en la arena.

—No bailes —le dijo Carlos—. Tú bailas como una abuela.

—¡Qué ridículo! —le contestó Jaime—. Yo sé bailar mejor que tú.

—Mira a esa chica —le dijo Carlos—. Parece que está vendiendo bebidas.

—¡Qué chica tan hermosa! —le dijo Jaime—. Las puertorriqueñas son todas bonitas. Le voy a comprar una bebida.

La mujer se acercó a ellos y les preguntó:

—¿Quieren una Coca-Cola? ¿Una botella de agua? ¿Un jugo de fruta?

—Quiero un jugo de fruta —le dijo Carlos— de piña y fresas.

—Quiero una soda —le dijo Jaime.

Jaime sonrió. Parecía enamorado.

—Vuelvo pronto —le dijo la mujer.

La chica sonrió. Tenía dientes muy blancos. Su piel era morena. Tenía el pelo moreno también. Fue a la cafetería de uno de los hoteles para buscar la bebida. Carlos y Jaime

me la miraban con admiración desde la playa.

—Hay tantas chicas aquí y tan poco tiempo. ¡Qué lástima! —dijo Carlos.

Los dos se quitaron las camisas y tomaron sol. Se sentían muy bien en la arena. Les gustaba el sol. Les gustaba la arena.

—Tengo ganas de dormir —dijo Jaime.

—Yo también quiero dormir —le dijo Carlos—. No nos dormimos hasta las tres y media de la mañana. No dormimos mucho.

—Cuando estoy en el barco, no tengo ganas de dormir —le respondió Jaime—. Es que hay tantas cosas que hacer. ¿Quién va a querer dormir?

La mujer hermosa se acercó a Carlos y a Jaime.

—Tengo las bebidas que pidieron —les dijo la chica—. Son cinco dólares.

Carlos pagó las bebidas y le preguntó:

—¿Te gusta la vida aquí en Puerto Rico?

—Puerto Rico es mi país —le dijo la mujer—. Le decimos la patria.

—Es hermoso aquí —le dijo Carlos.

—Es hermosísimo —le dijo ella—. Siempre hace calor. El mar es hermoso. Las flores

y los árboles son hermosos. Los pájaros son hermosos también. Y la gente es muy simpática.

—Puerto Rico es un paraíso —le dijo Carlos.

—Todos le dicen "la isla del encanto" —le dijo la mujer— pero todo no es perfecto. Aquí tenemos problemas.

—¿Problemas? —le preguntó Jaime—.

¿Por qué dices que hay problemas aquí en la isla del encanto?

—Hay huracanes —le dijo la mujer— y a veces se muere gente por los huracanes.

—No hay huracanes en Ohio —le dijo Jaime.

—Hay gente pobre en Puerto Rico —le dijo ella—. Algunos no tienen trabajo. Algunos hacen cosas malas. Aquí en el Condado hay ladrones. Cuidado porque hay gente que te puede robar.

—Oquéy —le respondió Carlos.

—Gracias por las bebidas —le dijo Jaime—. Fue un placer conocerte.

La mujer sonrió y volvió al hotel. Mientras caminaba hacia el hotel, se detuvo y habló con otro grupo de turistas.

Carlos y Jaime se acostaron sobre las toallas del crucero mientras tomaban las bebidas. El sabor de las bebidas era bueno. El sol estaba caliente. La arena estaba caliente. Era tarde. Carlos y Jaime no pensaron más en nadar. No pensaron más en las chicas de Puerto Rico. Se olvidaron de todo porque tenían sueño. En unos minutos, los dos se quedaron dormidos en la playa del Condado, Puerto Rico. Estaban tan cansados que durmieron mucho.

Cuando Carlos escuchó la voz de Jaime, se despertó.

—Faltan quince minutos para las ocho —le dijo Jaime.

Carlos no quería levantarse porque todavía tenía sueño.

—Debemos volver ya. El crucero sale en cinco minutos. Tenemos que estar en el crucero o va a salir sin nosotros.

Jaime se levantó y comenzó a correr. Carlos vio a Jaime y se despertó. Carlos también empezó a correr. Los dos corrieron lo más rápido posible. Tenían suerte porque vieron una guagua. Gritaron. La guagua se detuvo. Se subieron a la guagua para ir al barco. Car-

los sacó dos dólares de su bolsillo y pagó la guagua.

—¿Qué hora es? —le preguntó Carlos.

—Faltan cinco minutos para las ocho —le dijo Jaime.

—¡Qué tontos! —le dijo Carlos—. Vamos a llegar tarde al barco.

—No es nada —le dijo Jaime—. Es un crucero. El crucero no va a salir si no está toda la gente del crucero. También la tía Doris sabe que no estamos en el crucero. Ella seguramente habló con el capitán del barco acerca de nosotros.

La guagua llegó rapidísimo al puerto del barco. Los dos chicos bajaron inmediatamente de la guagua. Cuando bajaron, miraron y vieron el barco. El barco salía sin ellos.